

cosa. Pero eso no importa para que su lectura sea interesante, impresionante como una película de horrores sin fin. Además, ese estilo de escribir forma parte de la escuela de los narodniki. Los populistas despreciaban la literatura de retórica, se reían del arte por el arte y de Turguenev, de Tolstoy, de Puchkin y de otros escritores, a quienes consideraban como falsos intérpretes del alma rusa. La vida de todos ellos fué tremenda y muchos concluyeron su vida de modo trágico, no dejando sino obras amargas, ásperas, como estos *Aldeanos de Podlipnaia*.—M. R.

LA TÍMIDA, EL ARBOL DE NAVIDAD, etc., por *Fedor Dostoiewski*.

La edición de las obras de Dostoyevski en castellano no ha terminado todavía. Este tomo (1), recientemente aparecido, ocupa el octavo lugar en la serie de las obras de Dostoyevski que publica esa casa editorial, y comprende varios relatos, de los cuales algunos eran desconocidos en español. Yerra, pues, el traductor, Alfonso Nadal, cuando dice que todas estas producciones de Dostoyevski son desconocidas en nuestra lengua. Por lo menos *El cocodrilo* ha visto anteriormente la luz, y editado precisamente en España.

Lo más importante de este volumen es *La tímida*, novelita que el autor ha sub-titulado *Historia fan-*

(1) *Obras completas*. Traducción de Alfonso Nadal. Madrid. Ediciones *La Nave*, 1930.

*tástica*, seguramente con un propósito irónico, ya que el relato transpira humanidad por todos sus poros. Es una creación presentativa, es decir una creación en la cual los personajes se presentan a sí mismos, con mínima intervención del autor. Desde luego, la novela es contada enteramente por uno de los protagonistas, el ex-oficial a quien hace salir del ejército su cobardía y que se convierte en prestamista por resentimiento. La tímida es una mujer callada, indecisa, modesta, que parece arrancada a la galería de *Humillados y ofendidos* del mismo autor. Sin embargo, esta mujer no es comprendida por su marido el prestamista y se ve arrastrada hasta el suicidio por la triste vida que éste le da.

Los otros trabajos que se agrupan en este mismo volumen no tienen casi valor literario, y hasta cierto punto pueden ser considerados como facecias. Claro está: no se entiende cabalmente la obra de Dostoyevski si no se conocen páginas como *El cocodrilo* y *Bobok*. Pero la trascendencia literaria de estos dos trabajos está muy lejos de alcanzar el nivel medio—tan elevado—de la producción novelesca restante del autor. Se me dirá que son trabajos pequeños, de corto número de páginas. Lo concedo, pero hay en la obra de Dostoyevski trozos aislados y también cuentos llenos de condiciones literarias y psicológicas, que no se pueden olvidar al hacer el recuento de aquella. *El cocodrilo* y *Bobok*, en cambio, pueden ser olvidados perfectamente sin que nadie sufra.

Dice el traductor en su prólogo que

## Los libros

*El cocodrilo* es un cuento satírico de trascendental valor para comprender una de las más interesantes épocas de la Rusia zarista, en vías de transformación,

y para afirmar esto se basa en que Dostoyevski aprovechó ese cuento para hacer una sátira—harto mordaz—de la pretendida «occidentalización» de Rusia. Pero la verdad es que el vehículo empleado por Dostoyevski en este caso no es el más discreto. Más intención que *El cocodrilo* tienen muchas páginas del *Diario de un escritor*, que en su edición castellana ha sido mutilado considerablemente, y donde se hallan numerosos artículos sobre la querrela entre el mundo eslavo y el mundo occidental, cuya actualidad es hoy tan grande o mayor que en los días del autor.—*R. Silva Castro.*

### CHILENOS EN PARÍS, por *Alberto Rojas Giménez.*

No siempre la fascinación de París ha sido saludable a nuestras jóvenes literaturas. Embriagados en las luces del *Moulin Rouge* nuestros trashumantes poetas han cortado sus poemas al patrón de la última moda literaria y, olvidados de sí mismos, han saludado la *Tour Eiffel*, lugar común de la nueva poesía, creyendo encontrar en su espinazo de hierro el sostén de toda sensibilidad que se dice nueva. Lo que no pasa de ser una superstición.

¿A qué buscar por el ancho mundo

esa sensibilidad para apresarla en el poema o en la crónica si una interior inquietud no mueve los pasos de quien hace la afiebrada exploración? Tras su busca del mundo llega el hombre al pueril y sabio descubrimiento de que en sí mismo llevaba, o no llevaba, el mundo de sus anhelos y sus inquietudes. Porque el que en sí mismo no lo lleva no lo encontrará nunca.

Bien está, en quien se siente arder por dentro, esta busca del mundo. Ha de entregárnoslo algún día iluminado en belleza.

Alberto Rojas Giménez, bohemio siempre, hizo también su descubrimiento de Europa (1). Hastiado de nuestra vida provinciana quiso pasear por las grandes urbes cosmopolitas el hastío elegante de su chambergo negro y su mirada ausente. Un día se encuentra en una mesita de «La Rotonde» con un hombre de chaleco cerrado y conversación apasionada que hace pajaritas de papel y encuentra un tipo griego al mozo novomundano. Es don Miguel de Unamuno. Otro día escucha a un chileno francés que con egolatría delirante habla de las revoluciones que ha promovido en la vida artística europea y de los atentados con que Gran Bretaña ha querido acallar su rebeldía protestante. Es nuestro conocido Vicente Huidobro transformado ahora en Vincent Huidobro. Otro día se encuentra en Berlín con un mozo flaco de ojos ilusionados por el ensueño que hace alternativamente vida de príncipe o de bohemio, que

---

(1) *Chilenos en París*. La Novela Nueva, Santiago de Chile, 1930.